

La resindicalización (fallida) del peronismo en la Argentina kirchnerista (2003-2015)

Martín Armelino*

RESUMEN: A diferencia de otros países de América Latina, donde el “giro a la izquierda” fue sostenido por nuevas organizaciones populares, en la Argentina fue clave el apoyo del sindicalismo tradicional a las políticas posneoliberales de los gobiernos peronistas del Frente para la Victoria (2003-2015). La recuperación de su peso económico-corporativo y político-partidario los llevó a querer controlar al peronismo (el Partido Justicialista) como en el pasado, pero fracasaron por la debilidad estructural que caracteriza a las organizaciones de su tipo en este tiempo. Apoyado en la evidencia del incremento de la participación electoral e institucional-partidaria de los sindicalistas en las filas del peronismo en 2003-2015, este trabajo muestra las ambivalencias organizativas de los partidos de base laboral en tiempos posfordistas.

Palabras clave: Argentina, peronismo, sindicalismo, posneoliberalismo, partidos de base laboral.

The (Failed) Re-unionization of Peronism under Kirchner's Governments in Argentina (2003-2015)

ABSTRACT: Unlike other countries in Latin America, where the “left turn” was sustained by new popular organizations, in Argentina the support of the traditional trade unionism to post-neoliberal policies (2003-2015) was crucial. Having recovered their economic, corporative and political power, unions went for the control of the Peronist Party (PJ), as in the past, but failed due to the structural weakness that characterizes these kind of organizations nowadays. Supported by the evidence of increased electoral and institutional participation of unionists in the Peronist party in 2003-2015, this article shows the organizational ambivalence of labor-based political parties in post-Fordist times.

Keywords: Argentina, peronism, trade unionism, post-neoliberalism, labor-based parties.

INTRODUCCIÓN

Como en varios países de América Latina durante la década de 2000, los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011/2011-2015) en la Argentina formaron parte del resurgimiento de la izquierda en la región. Este giro fue posible, entre otras razones, por las coaliciones populares

*Martín Armelino es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) / Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). Juan María Gutiérrez 1150, B1613, Los Polvorines, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Tel: 4469 7522. Correo-e: marmelino@campus.ungs.edu.ar. ORCID ID <https://orcid.org/0000-0002-9812-6917>.

Artículo recibido el 3 de abril de 2020 y aceptado para su publicación el 15 de octubre de 2020.

que estos gobiernos formaron con sindicatos y movimientos sociales para impulsar y sostener en el tiempo la embestida contra el neoliberalismo, el rescate del perfil benefactor del Estado, y el despliegue de políticas redistributivas. No fue un proceso uniforme: en Bolivia, Ecuador y Venezuela, por ejemplo, estas coaliciones fueron lideradas por los movimientos sociales mientras que en Argentina y Brasil fueron muy influyentes los sindicatos, y en Uruguay no hubo participación de los movimientos sociales (Silva, 2016; Silva y Rossi, 2018; Etchemendy, 2019). Sin embargo, un aspecto común en varios de ellos fue que tanto los partidos o movimientos políticos que lideraron el giro como las coaliciones populares que los apoyaron no tenían vínculos prácticamente con el pasado. Los partidos obreros y sindicatos de estos países, que habían conquistado la incorporación política de los obreros urbanos en el marco de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) de la primera mitad del siglo XX, habían sido barridos por las dictaduras militares de las décadas de 1960 y 1970 o las reformas neoliberales de las de 1980 y 1990.

En la Argentina, por contraste, Néstor y Cristina Kirchner lideraron este giro desde el Frente para la Victoria (FpV), una facción de centroizquierda del peronista Partido Justicialista (PJ) surgido a mediados de la década de 1940, en los tiempos de la ISI, e identificado como partido de base sindical-obrera por la adhesión de los sindicatos al movimiento político conducido por Juan D. Perón. Los sindicatos habían sido actores políticos centrales del peronismo hasta la década de 1980, cuando el PJ atravesó una profunda transformación que los desplazó de las decisiones partidarias, profesionalizó su conducción y se convirtió en un partido de base territorial-clientelar (Levitsky, 2005). La coalición que armó Kirchner ya instalado en el gobierno la integraron varios gobiernos provinciales y municipales peronistas, los movimientos sociales de tradición nacional-popular que agrupaban a los informales y desocupados, y los sindicatos divididos en la histórica Confederación General del Trabajo (CGT), que organiza al sector privado, a algunos sectores estatales, y es tradicionalmente peronista, y en la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), fundada en 1992 y encabezada por gremios del sector público, más algunas actividades del sector privado, no alineados por entonces al PJ.¹

Con la recuperación económica y del mercado de trabajo, especialmente a través de la creación de empleo en los sectores de la economía sindicalizados, los sindicatos se convirtieron en aliados cruciales de la gobernabilidad económica (Etchemendy y Garay, 2011). Los gobiernos kirchneristas se apoyaron en ellos para sostener su política de ingresos (salarios, relaciones de trabajo y fortalecimiento de la legislación laboral) y garantizar su éxito electoral. Paulatinamente, el viejo sindicalismo de la CGT se sumó al *staff* estatal en áreas clave para los trabajadores y recuperó terreno

¹ Para analizar las coaliciones kirchneristas, véanse Boyanovsky Bazán (2010), Etchemendy (2019), y Zelaznik (2011).

político, incrementando la cantidad de diputados sindicales y logrando asiento en la conducción del PJ, a través de su secretario general, Hugo Moyano. En este contexto, la CGT apostó a *resindicalizar* al peronismo, es decir, a reconquistar el poder político perdido desde fines de la década de 1980, proyectándose como actor determinante de la reelección del FpV en los comicios generales de 2011. Sin embargo, Cristina Kirchner fue reelegida con 54 por ciento de los votos y los sindicatos no fueron determinantes para su triunfo. La resindicalización se frustró: Moyano renunció a sus cargos partidarios, quebró la alianza con el gobierno, fracturó a la CGT, y su sector pasó a la confrontación con el tercer gobierno del FpV. No obstante, ese tercer gobierno kirchnerista retuvo en su coalición el apoyo de las fracciones más importantes de la CGT y de la CTA.

El objetivo de este trabajo es analizar cómo se replanteó el vínculo entre sindicalismo y peronismo durante los gobiernos kirchneristas, y comprender por qué fracasó la apuesta sindical de una resindicalización partidaria tras su recuperación económico-corporativa y político-partidaria. El proceso que se reconstruye a continuación muestra que la voluntad de un grupo de sindicatos de la CGT por resurgir al sindicalismo del ostracismo político al que había sido desplazado en la década de 1990 no fue suficiente porque había limitaciones estructurales que imposibilitaban su realización. Pero también muestra que conservan un grado de organización y de penetración institucional necesarios para encarar proyectos de cambio. A diferencia de otros países de la región, en Argentina esos legados político-institucionales del sindicalismo fueron clave para la gobernabilidad del FpV en 2003-2015.

El artículo presenta, primero, el caso argentino dentro del giro a la izquierda en América Latina. Segundo, reconstruye la revitalización política del sindicalismo, utilizando como evidencia el aumento de su participación electoral en el periodo. Tercero, examina la reorganización del PJ en 2008 y la resindicalización fallida. Cuarto, propone una explicación en el corto plazo y en el largo plazo de esto. Quinto, plantea a modo de cierre los desafíos de los partidos y coaliciones populares en tiempos (no acabados) de transformación de las condiciones en que se desenvuelve el mundo del trabajo del siglo XXI.

EL “GIRO A LA IZQUIERDA” EN AMÉRICA LATINA: GOBIERNOS, PARTIDOS, SINDICATOS Y LA SINGULARIDAD DEL CASO ARGENTINO

La literatura especializada en el giro a la izquierda ha mostrado que los sindicatos no han sido los actores centrales de estos procesos. Las primeras lecturas sobre el fenómeno han señalado su participación en el marco más amplio de la dinámica impuesta por el tipo de liderazgo —más moderado o más contestatario— que confrontó con el neoliberalismo, o por el tipo de alianzas que posibilitaron su integración junto a movimientos sociales y otras organizaciones (Weyland, Madrid y Hunter, 2010; Levitsky y Roberts, 2011). Recientemente, la perspectiva que asocia este giro a una

nueva ola de incorporación política en América Latina ha recalcado la pérdida de centralidad política del sindicalismo en estos proyectos de cambio político (Silva y Rossi, 2018). Esta perspectiva evoca, en retrospectiva, una primera ola con participación casi exclusiva de los sindicatos durante la etapa inicial de la industrialización en la primera mitad del siglo xx (Collier y Collier, 1991). Pero, a diferencia de la primera, esta segunda ola surge con la resistencia popular al neoliberalismo que lideraron otras organizaciones surgidas con la crisis social, y que le arrebataron a los sindicatos su protagonismo en la movilización social y electoral (Roberts, 2008). En tanto, los sindicatos aparecen como unos actores conservadores protegiendo sus conquistas durante la industrialización.

Otro aspecto de estos procesos ha sido el que vincula a los actores populares con la política y los partidos. Tras las reformas neoliberales, se han debilitado los vínculos entre sindicatos y partidos que los habían incorporado a la arena política. Se sostiene que la relación entre partidos de base sindical, sindicalistas en su conducción y electorado obrero es cosa del pasado pues no existe más un patrón que organice sus relaciones (Collier, 2018). En tanto, la relación de organizaciones sociales y de base comunitaria que han estado presentes en el giro a la izquierda con los partidos es más intermitente, instrumental y distante, pues ningún partido (ni siquiera de base popular) asume un rol central en la dinámica política de estas organizaciones (Collier y Handlin, 2009).

No es casual que en este contexto haya crecido una literatura que pone atención a las coaliciones populares que formaron los gobiernos del giro a la izquierda y cuya característica común fue agrupar bajo un mismo movimiento o partido a distintos actores populares. Sigo a Sebastián Etchemendy en la definición de una coalición popular para referirme a aquella que emerge cuando un partido o un movimiento en el gobierno toma a los actores populares como su base de apoyo principal —su *core constituency*— y busca activamente su apoyo en la arena electoral o en la de los intereses políticos o en ambas (Etchemendy, 2019).

No obstante estos desarrollos, el caso argentino resulta singular porque a los pocos años de que el PJ diera un vuelco organizativo y programático, la facción de centroizquierda del FpV llevó a cabo un renovado proceso de movilización política de las clases trabajadoras. El FpV fue la expresión dominante del peronismo en el periodo, y los sindicatos que integraron su coalición representaban al tradicional sindicalismo corporativista que dio origen al peronismo en la década de 1940. En consecuencia, eran depositarios de los legados de las políticas redistributivas, la participación popular en la política y la expansión de derechos sociales. En este sentido, Argentina es un ejemplo de reincorporación política de los sectores populares a través de partidos tradicionales, en el que también recuperan su protagonismo aquellos actores tradicionales desplazados por la renovación partidaria que décadas más tarde condujo al neoliberalismo (Roberts, 2018: 211). Esta ha sido una

característica distintiva de la Argentina en el conjunto de los países que giraron a la izquierda en América Latina a comienzos de este siglo. Lo que interesa aquí analizar es qué pasó con la reinserción política de los sindicatos a través del FpV primero y de la reorganización del PJ después, para explorar cómo ha sido la movilización de las clases populares mediante partidos y actores tradicionales mezclados con actores no tradicionales y nuevos partidos.

REVITALIZACIÓN ORGANIZATIVA Y POLÍTICA DEL SINDICALISMO ARGENTINO

Cuando Kirchner llegó a la presidencia en 2003, el sindicalismo era un actor periférico en la vida económica y política argentina. Las bases sobre las cuales había edificado su poder tras la posguerra —una economía que tendía al equilibrio entre la oferta y la demanda en el mercado de trabajo y una gravitación política sobredimensionada por la proscripción partidaria— habían sido erosionadas por la democratización política y la liberalización económica desde la década de 1980 (Torre, 2004). El cambio organizativo atravesado por el PJ en esos años debilitó a los sindicatos para resistir las reformas del gobierno peronista de Carlos Menem (1989-1999), que golpeaban el núcleo del modelo ISI bajo el cual habían consolidado su poder corporativo. No obstante, el poder de fuego institucionalizado por la ISI les permitió negociar la desmovilización de sus bases contra las reformas a cambio de preservar garantías institucionales (negociación colectiva centralizada, monopolio de representación sindical y gestión de las obras sociales) y acceder a nuevos negocios promocionados por las propias reformas (Murillo, 1997).

Desplazado de las decisiones partidarias y gubernamentales, al sindicalismo le sobrevino su fractura. Con la urgencia de implementar las reformas, Menem buscó la cooperación de los grandes sindicatos de empresas y servicios públicos, y desoyó la oposición del resto. Esto profundizó las diferencias al interior del sindicalismo y hacia 1992 surgió la CTA, que desafió al gobierno diferenciándose de la colaboración de la CGT y del PJ. Los sindicatos de docentes y empleados públicos que la fundaron habían sido afectados por las reformas y promovieron una central afín a movimientos sociales y organizaciones para contener el crecimiento acelerado de la informalidad laboral y la desocupación.² La CTA se definió desde un comienzo independiente del PJ y explícitamente pluralista en términos partidarios. No fue casual su alianza con el Frente País Solidario (Frepaso), una coalición de pequeños partidos creados por esos años tras la diáspora de dirigentes del PJ que también rechazaban el giro neoliberal de Menem y del partido. Por estas mismas razones surgió en 1994 otro desprendimiento de la CGT, el del Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA). Conducido por el gremio del transporte, entre cuyos miembros se destacaba

² La CTA fundó la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), una de las principales organizaciones del universo piquetero en la Argentina.

el sindicato de camioneros que lideraba Hugo Moyano, este agrupamiento tenía el objetivo de dirigir la CGT para torcer el rumbo neoliberal y reivindicar la tradición peronista maltratada por el gobierno de Menem. De este modo, la fractura del sindicalismo en la década de 1990 constituyó un polo peronista y otro no peronista: el primero quedó formado por la CGT y el PJ, asociados a Menem y las reformas neoliberales; el segundo estaba integrado por sus desafiantes de la CTA y del MTA, que junto al Frepaso dieron vida a las fuerzas de centroizquierda de esos años (Novaro y Palermo, 1998: 72-73). No es que estos sectores dejaron de ser peronistas, como se advertiría pocos años después, sino que cortaron lazos con el PJ y la CGT, bastiones históricos del peronismo.³

El gobierno peronista de Eduardo Duhalde (2002-2003), surgido de la crisis política que culminó con la renuncia del gobierno de la Alianza (1999-2001), integró a su coalición a la CGT y al PJ, pero no al MTA y la CTA. Cuando Néstor Kirchner asumió la presidencia en 2003 incluyó en su coalición a los tres grupos sindicales, pues requería apoyos organizados y diversos que contrarrestaran la debilidad del disminuido 22 por ciento de los votos con que había alcanzado la presidencia, y que le garantizaran capacidad de maniobra para responder a la emergencia económico-social y a la crisis política.

La alianza gobierno-sindicatos de las administraciones kirchneristas tuvo dos pilares: uno económico-corporativo y otro político-partidario. En el primero fue crucial el apoyo sindical para sostener la política de ingresos, caracterizada por negociaciones a nivel de las cúpulas empresariales y sindicales, y monitoreadas desde el Estado por un gobierno de partido de base popular. Estos acuerdos abarcaron al segmento más dinámico y formalmente inscrito en las instituciones laborales, con amplia representación sindical (Etchemendy y Collier, 2008). Otro aspecto de este pilar de la alianza fue el nombramiento de sindicalistas, o de su círculo de confianza, en oficinas del Estado. El ministro de Trabajo y Seguridad Social, Carlos Tomada, y la secretaria de Trabajo, Noemí Rial —ambos abogados de varios de los sindicatos más influyentes— conservaron su cargo durante los tres gobiernos kirchneristas. El cuadro 1 muestra a los sindicalistas convertidos en funcionarios, varios de ellos de los sindicatos del Transporte o nombrados en dependencias vinculadas a ese sector, dando cuenta de la importancia de la alianza forjada con la CGT, que dirigía Moyano desde 2005.

El pilar político-partidario fue igualmente sorprendente en el conjunto de la región porque el acceso de sindicalistas a la competencia electoral en la coalición kirchnerista fue de la mano de la reorganización del PJ. El siguiente apartado brinda evidencia de esto.

³Véase más adelante la sección “La presencia electoral del sindicalismo en la coalición gobernante”.

CUADRO 1. Sindicalistas en dependencias del Estado (2003-2015)

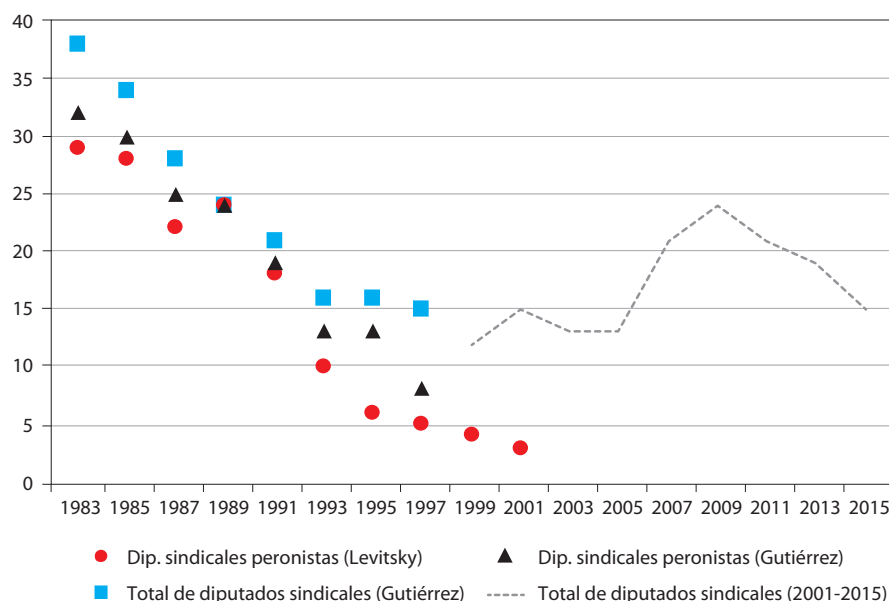
Sindicalista	Cargo	Dependencia	Periodo
Ricardo Cirielli (Sindicato de técnicos aeronáuticos)	• Subsecretario de Transporte Aerocomercial de la Nación	Ministerio de Planificación Social	2003-2007
Jorge González (Sindicato de camioneros)	• Subsecretario de Transporte Automotor	Ministerio de Planificación Social	2003-2012
Juan Luna (Sindicato de ferroviarios)	• Subsecretario de Transporte Ferroviario	Ministerio de Planificación Social	2006-2012
Saúl Ubaldini (Sindicato de industria de la cerveza)	• Asesor	Ministerio de Planificación Social	2006
Alicia Castro (Sindicato de aeronavegantes)	• Embajadora ante la República Bolivariana de Venezuela • Embajadora ante el Reino Unido	Ministerio de Relaciones Exteriores	2006-2011 2012-2015
Ariel Basteiro (Sindicato de trabajadores aeronáuticos)	• Director de Aerolíneas Argentinas en repr. del Estado • Embajador ante el Estado Plurinacional de Bolivia	Aerolíneas Argentinas Ministerio de Relaciones Exteriores	2007 2012-2015
Edgardo Depetri (Sindicato de empleados públicos)	• Subsecretario de Relaciones con la Sociedad Civil	Secretaría General de la Presidencia de la Nación	2010
Francisco Nenna (Sindicato de docentes)	• Subsecretario de Enlaces Institucionales del Consejo Federal de Educación	Ministerio de Educación de la Nación	2014-2015

Fuente: Elaboración propia.

La presencia electoral del sindicalismo en la coalición gobernante

La participación de sindicalistas en las instituciones de gobierno y en la competencia electoral ha sido un indicador insoslayable del peso de los sindicatos en los partidos de base obrera tras la posguerra. De ahí que el aumento o la disminución de curules sindicales indica una recuperación tanto en la competencia electoral como en la movilización política. La Cámara de Diputados ha sido la caja de resonancia de las luchas obreras por canalizar la participación de los trabajadores y su acceso a posiciones de poder en el Estado. Fue en torno a ella que, desde la década de 1950, el sindicalismo argentino incrementó su influencia ante otros sectores del peronismo y afianzó la “regla del tercio” de las candidaturas para sus sindicatos.⁴ Este apartado brinda evidencia del incremento de la participación sindical en la Cámara de Diputados de la Nación entre 2001 y 2015. Los 257 representantes del pueblo de las

⁴ Por tradición, el PJ distribuyó sus cargos partidarios y candidaturas entre las ramas política, femenina y sindical. Esta “regla del tercio” nunca formó parte de sus estatutos ni fue seguida metódicamente, y se cumplía solo en aquellos distritos donde los sindicatos podían presionar más sobre el resto de la dirigencia partidaria. Véase Levitsky (2005).

GRÁFICA 1. Línea histórica de diputados sindicalistas (1983-2015)

Fuente: Elaboración propia con base en Directorio Legislativo, portales de diarios nacionales y provinciales, y publicaciones sindicales, para el periodo 1999-2015. Para 1983-1999, Gutiérrez (2001) y Levitsky (2005).

24 provincias que alberga son elegidos por mitades cada dos años mediante el sistema proporcional de lista plurinominal cerrada y bloqueada.⁵ Observar la cantidad de sindicalistas en esta cámara en un periodo determinado permite explorar su influencia en el armado de las listas de los distintos partidos políticos y, más en general, posibilita advertir su peso en las coaliciones oficialistas y opositoras. Con esta evidencia observaremos la participación electoral del sindicalismo peronista en la coalición gubernamental y en las opositoras.

La cantidad de sindicalistas en esta Cámara en la década de 2000 fue superior a la de 1990. La línea histórica 1983-2015 (gráfica 1) muestra una disminución progresiva desde la instauración democrática, con sus puntos más bajos (5 por ciento en 1995-2005) y más altos (alrededor de 9 por ciento en 2007-2011). Dicha recuperación duplica, prácticamente, el volumen de la década de 1990.

En la debacle de 1995-2005 incidieron los procesos de desafección partidaria sindical, desmovilización de los grandes sindicatos durante el ajuste estructural y fragmentación organizativa (CGT, CTA, MTA). En tanto, la mayor participación sindical durante 2007-2015 respondió a la política laboral de las administraciones

⁵ Cada partido obtiene escaños según su peso electoral y define la integración y el orden de las candidaturas en sus listas sin la intromisión de los votantes.

CUADRO 2. Participación sindical en la Cámara de Diputados, 2001-2015

	2001-03	2003-05	2005-07	2007-09	2009-11	2011-13	2013-15	2015-17
Diputados de origen sindical peronistas en la CD*	7 (46.6)	6 (46.15)	8 (61.53)	12 (57.14)	15 (62.5)	15 (71.42)	13 (68.42)	11 (73.33)
Diputados de origen sindical no peronistas en la CD	8 (53.33)	7 (53.84)	5 (38.46)	9 (42.85)	9 (37.5)	6 (28.57)	6 (31.57)	4 (26.66)
Total de diputados de origen sindical en la CD	15 (100)	13 (100)	13 (100)	21 (100)	24 (100)	21 (100)	19 (100)	15 (100)

Fuente: Elaboración propia con base en Directorio Legislativo, portales de diarios nacionales y provinciales, y publicaciones sindicales, para el periodo 1999-2015. *Cámara de Diputados de la Nación. *Nota:* Porcentajes entre paréntesis.

kirchneristas, que estimuló la participación política sindical generalizada, y al lugar que estos gobiernos le dieron dentro de su coalición al sindicalismo peronista.

El cuadro 2 muestra el aumento de la participación sindical en 2001-2015 de casi 4 por ciento entre sus puntos más bajo y más alto. Se concentra en el polo peronista en paralelo a la consolidación del FpV en el gobierno y al reposicionamiento del imaginario sindical-peronista en el debate posneoliberal. La participación en el polo no peronista prolonga a todo el periodo los valores de 2001-2003; no obstante, durante el primer lustro de la década superó al polo peronista. Pero este contraste no sorprende: en la década de 1990, la CGT y el PJ expresaban cabalmente la *desindicalización* partidaria al estar subordinados dentro de la coalición menemista, asociados al neoliberalismo, sin gravitación corporativa en el partido y sin legitimidad social en la calle para disputar lugares expectantes en las listas. En cambio, el polo sindical no peronista había crecido precisamente por la desafección de muchos peronistas que habían migrado a la CTA o el MTA y que habían participado en la arena política desde el Frepaso. Estos sindicalistas habían desplazado a sus pares de la CGT en la organización del malestar social, capitalizándolo en la competencia electoral.⁶ Desde mediados de la década de 1990, CTA y MTA, junto al Frepaso, lograron mayor empatía con el electorado de centroizquierda, afín en parte en la Argentina a las tradiciones nacional-populares que el PJ había cobijado hasta la década de 1980. Entre 1995 y 2000, en las listas del Frepaso la CTA colocó a cuatro legisladores del sindicato de maestros y el MTA a una de los aeronavegantes. Pero en las legislativas

⁶ Antes del inicio del proceso de desindicalización del PJ, en 1983, el bloque peronista tenía 84.21 por ciento de los diputados sindicales y la Unión Cívica Radical (UCR) 15.79 por ciento, mientras que en 1997 el PJ había descendido a 60 por ciento y los demás bloques de la UCR, el Frepaso, y luego la Alianza, habían alcanzado 40 por ciento (Gutiérrez, 2001: 103).

de 2001, con el Frepaso sumido en la crisis de la administración del gobierno de la Alianza previa al colapso político de diciembre de ese año, CTA y MTA disputaron el polo no peronista desde nuevos partidos o alianzas electorales, como el Frente Polo Social y Argentinos por una República de Iguales (ARI).⁷

A partir del gobierno de Kirchner se invierte la tendencia: aumenta la cantidad de sindicalistas y se concentra en el polo peronista liderado por el FpV hasta el final del periodo. Esto transcurre en dos etapas. La primera (2003-2009) abarca todo el gobierno de Kirchner hasta el medio término del gobierno de Cristina Kirchner. El FpV busca clausurar la crisis de 2001 yendo más allá del típico eje izquierda-derecha y promueve alianzas que incluyen al PJ y a otros partidos. La “transversalidad” fue el nombre de esta estrategia de normalización del espacio político, que buscaba franquear al clivaje peronista/antiperonista típico de la Argentina (Ostiguy y Schneider, 2018: 300). El FpV había absorbido a gran parte del electorado y del personal político de las fuerzas progresistas post-2001, en particular el proyecto de centroizquierda no peronista del Frepaso. En esta etapa, la participación electoral del sindicalismo peronista en la coalición es aún periférica. En los comicios generales de 2007 —cuando el FpV lleva a Cristina Kirchner como candidata a presidente— la CGT reclama recuperar aquel tercio histórico por su apoyo al gobierno (Laugé, 2007). Pero en las listas de los principales distritos el FpV otorgó lugares a la CGT y a la CTA. En la estratégica y muy peronista provincia de Buenos Aires, el FpV compensó por igual a las dos centrales sindicales: por la CGT ingresó un dirigente de los camioneros y por la CTA un dirigente de los aeronáuticos y del Partido Socialista (PS), que había migrado junto a otros referentes partidarios al FpV.

El sindicalismo peronista se vuelve relevante en la coalición kirchnerista en el segundo gobierno del FpV (2007-2011), que es el primero de Cristina Kirchner. Condicionada en 2008 por la crisis financiera internacional y por la crisis política del “conflicto con el campo”, su gobierno retribuye políticamente la cooperación sindical al incrementar el número de sindicalistas en sus listas para las legislativas de 2009. Las bancas sindicales aumentaron de trece a veinticuatro. Solo una de las once que sumaron los sindicatos integró un bloque no peronista; de las diez restantes, siete cotizaron para el FpV y tres para el Peronismo Federal, surgido en 2005 para disputarle a Kirchner su liderazgo peronista. En 2011 ingresan trece sindicalistas: ocho al FpV, dos al Peronismo Federal y tres al Frente Amplio Progresista (FAP), una alianza de varios partidos de centroizquierda encabezada por el PS e integrada por un sector de la CTA enfrentado al gobierno.

Entre las legislativas de 2009 y las presidenciales de 2011 se concentra la mayor participación sindical en la Cámara, en general, y en la coalición kirchnerista en

⁷ El Frente Polo Social promovió a un dirigente de los metalúrgicos de la provincia de Buenos Aires y renovó la banca de la líder de los aeronavegantes; ARI al líder del personal aeronáutico y a un dirigente de los metalúrgicos.

particular. Coincide con el periodo de la reorganización institucional del PJ (analizada luego), en el que el FpV-PJ postula a Néstor Kirchner como primer candidato en la provincia de Buenos Aires, y su derrota ante una alianza de centroderecha (con fracciones peronistas incluidas) alienta al grupo de Moyano en la CGT a reclamar más protagonismo político hacia 2011. Desde la perspectiva del sindicalista, debía profundizarse el talante peronista estimulado en 2009, restituyendo al tradicional sindicalismo de la CGT que supo ser “la columna vertebral del peronismo” cuando el partido fue proscrito entre 1955 y 1973.

Aunque el triunfo del FpV, en 2011, le garantizó al sindicalismo un aumento importante de legisladores (cuadro 2), restringió el poder acumulado por la CGT de Moyano. De los cuatro lugares acordados con la CGT, se respetaron solo los de la provincia de Buenos Aires (Facundo Moyano, hijo del camionero y jefe de los trabajadores de peajes, y Carlos Gdansky, reconocido dirigente de los metalúrgicos y del PJ bonaerense). Otros tres dirigentes de los camioneros quedaron fuera de las listas a último momento (Balinotti, 2011) y dos sindicalistas importantes del sector de Moyano (uno de la provincia de Santa Fe y otro de la Ciudad de Buenos Aires) renunciaron a integrarlas tras haber sido relegados a lugares no competitivos. Este freno a la participación electoral sindical notificó a su dirigencia sobre una realidad que terminó por ser concluyente con el rutilante triunfo de Cristina: el sindicalismo no era el actor determinante del éxito electoral de la coalición porque ya no era aquella “columna vertebral” del peronismo de antaño. Aunque el FpV conservó el respaldo sindical, a comienzos de 2012 Moyano rompió su alianza con el gobierno y fracturó a la CGT, justificando diferentes posiciones político-electorales con otros grupos rivales de la central. Esta fractura debilitó los apoyos sindicales de la coalición kirchnerista, pues el sector de Moyano fortaleció la formación de un polo peronista no kirchnerista (cuadro 3).

CUADRO 3. Distribución de diputados sindicales peronistas-kirchneristas y peronistas no kirchneristas 2005-2015

Diputados nacionales	2005-2007	2007-2009	2009-2011	2011-2013	2013-2015	2015-2017
Peronistas kirchneristas	5 (62.5)	10 (83.33)	12 (80)	10 (66.66)	7 (53.84)	3 (27.27)
Peronistas no kirchneristas	3 (37.5)	2 (16.66)	3 (20)	5 (33.33)	6 (46.15)	8 (72.72)
Total de diputados de origen sindical en la CD	8 (100)	12 (100)	15 (100)	15 (100)	13 (100)	11 (100)

Fuente: Elaboración propia con base en Directorio Legislativo, portales de diarios nacionales y provinciales, y publicaciones sindicales, para el periodo 1999-2015. *Nota:* Porcentajes entre paréntesis.

CUADRO 4. Participación sindical y social en la Cámara de Diputados, 2001-2015

	2001- 2003	2003- 2005	2005- 2007	2007- 2009	2009- 2011	2011- 2013	2013- 2015	2015- 2017
Diputados de origen sindical en la CD	7	6	8	12	15	15	13	11
Diputados de mov. soc. en la CD	–	–	–	1	1	4	4	5

Fuente: Elaboración propia con base en Directorio Legislativo, portales de diarios nacionales y provinciales, y publicaciones especializadas, para el periodo 2001-2015.

Moyano fundó el Partido de la Cultura, la Educación y el Trabajo (PCEYT) para competir en los comicios legislativos de 2013 y su bastión fue la provincia de Buenos Aires. Su partido apoyó la formación del Frente Renovador (FR), que canalizó el disenso peronista en ese distrito al liderazgo indiscutido de Cristina Kirchner desde 2011. Liderado por un ex funcionario de su administración y luego intendente del municipio de Tigre, Sergio Massa, el FR venció en esta provincia al FpV por doce puntos (44 contra 32 por ciento). Convertido en líder de la bancada peronista no kirchnerista, Massa condujo un interbloque que integraban cinco sindicalistas: dos por el FR, uno por el partido de Moyano, y otros dos de su grupo que migraron desde el bloque del FpV. Con el resultado de las elecciones generales de 2015, el FR se convirtió en el polo aglutinador de los sindicatos en la Cámara: de las dieciséis bancas sindicales, una decena respondía al FR, tres al FpV y tres a la izquierda. El FR le arrebató al FpV su discurso prolaboral y prosindical, propio de un peronismo clásico, y le dio forma a un peronismo-no kirchnerista que se había intentado organizar desde los tiempos del “conflicto con el campo”. El FpV conservó su alianza con sectores del sindicalismo de la CGT y la CTA, pero orientó sus esfuerzos de movilización electoral a través de La Cámpora, una agrupación de militancia urbana juvenil, ajena al mundo del trabajo, y en los movimientos sociales.

Hasta entonces, los movimientos sociales habían sido compensados con cargos en la gestión de la política social (Boyanovsky Bazán, 2010; Longa, 2019). El cuadro 4 muestra la escasa participación electoral de los movimientos sociales en la coalición kirchnerista frente a la que ostentaron los sindicatos. De este modo, el FpV buscó garantizar sostén popular considerando que en la última administración kirchnerista se puso a prueba el intercambio político con los sindicatos para mantener la política de ingresos. Las tensiones salariales y laborales crecieron porque también la CTA profundizó su división entre opositores y pro-gubernamentales. El aumento de las protestas desde 2012 incluyó la primera de cinco huelgas generales

contra el gobierno hasta 2015, tras casi una década de cooperación laboral, lideradas por la CGT-Moyano y la CTA-opositora, y acompañados por los movimientos de los informales, agrupados desde 2011 en la Central de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP).

Este apartado muestra el apogeo y la caída de la participación electoral del sindicalismo entre 2003 y 2015. Esta evidencia, sin embargo, no muestra por qué hubo una apuesta del sindicalismo peronista por la resindicalización partidaria. Eso aborda el siguiente apartado.

LA REORGANIZACIÓN INSTITUCIONAL DEL PJ

El FpV fue la corriente peronista dominante en 2003-2015, pero su vinculación con el PJ fue zigzagueante. Recordemos que el gobierno de Néstor Kirchner transitó la reconstrucción del orden político post-2001 con el horizonte puesto en la superación del bipartidismo PJ-UCR. Pero los frutos de esa apuesta diferían en el tiempo del calendario electoral para conservar el gobierno, y el FpV no se deshizo del PJ sino que avanzó a la manera de un *pac-man* para controlarlo. Con ese objetivo, Kirchner arriesgó a reorganizar el PJ en 2008 y buscó apoyo en el sindicalismo, que estaba fuera del partido, sin protagonismo político y disponible para disputarle poder a los gobernadores e intendentes, que eran sus jefes territoriales desde la década de 1990.

El PJ estaba acéfalo desde 2003, cuando venció el mandato de Menem como presidente de su consejo nacional (el máximo órgano ejecutivo del partido), y hasta 2008 hubo disputas entre sus fracciones. En las elecciones generales de 2003, los candidatos del PJ compitieron divididos en tres frentes y ninguno pudo utilizar el sello partidario: Menem (de la Lealtad) Rodríguez Saá (del Movimiento Popular) y Kirchner (para la Victoria).⁸ Entre 2003 y 2007, el FpV constituyó un proyecto más amplio que el PJ, porque integró a corrientes de centroizquierda ajenas al partido, pero también más estrecho, porque excluyó a los sectores de los ex presidentes Menem, Rodríguez Saá y Duhalde (Zelaznik, 2011: 99). Los triunfos sucesivos del FpV en 2005 y 2007 colocaron a Kirchner en una posición de liderazgo insospechada cuando inició su mandato en 2003, y esto ocurrió sin que controlara al PJ.

Concluido su mandato, Kirchner inició el operativo de reorganización (“normalización del PJ”) para ser proclamado su presidente y conducir, al fin, una coalición con el PJ unido y alineado bajo su liderazgo. Lograr ese objetivo le permitiría administrar conflictos con gobernadores e intendentes peronistas rivales y patrocinar candidatos afines, que afianzarían el segundo gobierno kirchnerista. En marzo de

⁸ El candidato más votado entonces había sido Menem (24 por ciento), seguido de Kirchner (22 por ciento). Como Menem no compitió en la segunda vuelta exigida constitucionalmente para decidir presidente de la nación cuando ninguno de los candidatos logra 45 por ciento de los votos o una diferencia de 10 puntos con el resto, Kirchner resultó electo.

2008 se reunió el Congreso Nacional del PJ —máxima autoridad partidaria— para sustanciar la reorganización; se modificaron algunos artículos de su estatuto partidario, se definieron fechas para presentar listas y celebrar las elecciones internas. A fines de abril, la junta electoral partidaria proclamó a Kirchner presidente del PJ (*Página 12*, 2008). Su lista llevaba como vicepresidentes al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, y al secretario de la CGT, Hugo Moyano (Obarrio, 2008). Esta fórmula se aplicó al PJ de la provincia de Buenos Aires, cuya cúpula quedó en manos de los candidatos de Kirchner: el vicegobernador de la provincia, Alberto Balestrini, en la presidencia, y Moyano en la vicepresidencia primera (*La Nación*, 2008a).

Fue contingente que este proceso se desarrollara en paralelo al inicio de la crisis del campo, pero el desenlace de la reorganización partidaria no fue ajeno a este conflicto. La provincia de Buenos Aires fue uno de los distritos que más desafió al gobierno, incluso desde las filas peronistas, pues ahí se concentra el núcleo de la actividad agropecuaria y la escalada de la crisis con las corporaciones agropecuarias tuvo el apoyo de los partidos políticos opositores. Estas circunstancias contribuyeron a las aspiraciones sindicales al momento de ungir a sus nuevas autoridades, siendo que en los prolegómenos de la reorganización no había espacio para sindicalistas. Para el sector de la CGT que seguía a Moyano, esta reorganización canalizaría al fin la peronización del FpV y los sindicatos serían su conducto. Habiéndose convertido en agentes de gobernabilidad económica desde 2005 y en garantes sociales del gobierno durante la crisis del campo, este grupo consideraba dadas las condiciones para que el sindicalismo recobraría el rol de interlocutor político monopolizado por gobernadores e intendentes años atrás.⁹ Con esta reorganización y con los sindicatos adentro, el sector de Moyano vislumbró el camino hacia una *resindicalización* partidaria.

Pero dos eventos posteriores lo obstaculizaron. El primero fue la derrota bonaerense del FpV-PJ en 2009, que afectó la confianza de Kirchner sobre la efectividad electoral de esta herramienta partidaria. El segundo fue la emergencia de las tensiones entre sindicalistas e intendentes del conurbado bonaerense, en 2010, por la sucesión en la presidencia del PJ bonaerense tras el accidente cerebrovascular de Balestrini. La reglamentación vigente señalaba que le correspondía a su vicepresidente primero —Moyano— pero quienes controlaban el territorio peronista en la provincia eran los intendentes. Balestrini era un representante influyente de ese grupo de dirigentes peronistas del conurbado: había sido dos veces intendente del municipio más extenso y populoso de la provincia —La Matanza— desde fines de

⁹ En el acto realizado en el estadio del club Almagro de la Ciudad de Buenos Aires, el 14 de mayo de 2008, para celebrar la consagración de Kirchner como presidente del PJ, varios sindicatos de la CGT se movilizaron para acompañar a su representante en la estructura partidaria, que participaría como orador (*La Nación*, 2008b).

la década de 1990 y vicegobernador desde 2007, acompañando a Daniel Scioli por el FpV-PJ. Balestrini representaba a ese sector del peronismo territorial que había optado por el liderazgo de Kirchner y alinearse al FpV. Esta tensión subrayaba, además, una controversia específica entre Moyano y los intendentes por la onerosa recolección de los residuos municipales, vinculada a una empresa adjudicada al sindicalista. Resolver la sucesión en el PJ bonaerense era crucial para los apoyos del FpV: impedir la asunción de Moyano podía perjudicar la indispensable paz laboral que la CGT le garantizaba a Cristina Kirchner; pero encumbrarlo en la cima del PJ bonaerense podía condicionar la alianza con los intendentes, que administraban sus propias clientelas electorales y podían torcer en contra del FpV a sus electorados.

Al fin, se respetó el estatuto partidario y Moyano asumió en agosto de 2010 la presidencia del partido en la provincia de Buenos Aires. El sindicalista conquistaba así un sitio clave en la organización del poder partidario del distrito más importante del país, y a un año de los comicios generales, que es cuando se ponen en marcha las maquinarias partidarias para definir candidaturas. Para recuperar algo del aparato político-electoral perdido, el sindicalismo debía tejer redes territoriales en la provincia (especialmente en el conurbado). Con ese objetivo, Moyano creó a fines de 2009 la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista (CNSP) y, a través de su hijo Facundo, que organizaba a los trabajadores del peaje, y la Juventud Sindical (JS): la CNSP buscaría agrupar a los sindicatos interesados en la participación electoral, la JS trataría de organizar políticamente a las nuevas generaciones incorporadas al mercado laboral en la década de 2000 y sin experiencia o tradición de militancia política (Natalucci, 2013). El objetivo proselitista era ubicar al sindicalismo entre las candidaturas más resonantes, empezando por la de Moyano como gobernador de la provincia. Un diputado del FpV que respondía a Moyano describía las ambiciones de la CNSP: “Con ella Moyano construye su proyecto político: conseguir más diputados y concejales. Suele decir: ‘¿Por qué no algún día un presidente pueda salir del movimiento de los trabajadores?’” (Obarrio, 2010).

La agrupación realizó varios actos de lanzamiento provincial durante 2010, invocando la gravitación del sindicalismo en la política argentina de ese momento (Anigstein, 2019). Con ese ímpetu, Moyano organizó un acto multitudinario el 15 de octubre de 2010 en el estadio de fútbol más grande de la Ciudad de Buenos Aires (River Plate) para conmemorar el aniversario de la fundación del peronismo, el 17 de octubre de 1945. Moyano ostentaba entonces varios e influyentes cargos: secretario general de la CGT y de los camioneros (uno de los sindicatos más influyentes de la década), vicepresidente del PJ y presidente del PJ bonaerense. Mediante ese acto, quiso mostrarles a intendentes y gobernadores, a Néstor y Cristina Kirchner, y al conjunto de organizaciones de la coalición del FpV el peso de su liderazgo y la influencia económica y política de los sindicatos peronistas. El estadio estaba colmado de militantes movilizados por los sindicatos y el escenario, decorado con fotos de

Juan Perón y de su esposa Evita, escudos de la CGT y el PJ, estaba cargado de dirigentes de la CGT, legisladores y funcionarios del gobierno nacional, el gobernador bonaerense Daniel Scioli, el entonces presidente del PJ Néstor Kirchner y la propia presidenta Cristina Kirchner. No habían asistido la mayoría de los intendentes del conurbado y de los gobernadores peronistas. En su discurso, Moyano explicitó su ambición política y se preguntó, retórico: “¿Por qué razón van a renunciar las organizaciones sindicales a tener representantes en los tres poderes del Estado? ¿No son realmente los que gobiernan, dirigen y conducen la nación? ¿Por qué vamos a renunciar a la política? Tenemos que concientizar políticamente a los trabajadores para tener a un trabajador en la casa de gobierno” (Casa Rosada, 2010). La respuesta llegó minutos después cuando tomó la palabra la propia presidenta: “Compañero Moyano, usted que anda pidiendo un trabajador como presidente de la República, yo quiero decirle que trabajo desde los 18 años”.

Esta demostración de movilización corporativa no tuvo las consecuencias deseadas por Moyano y su influencia disminuyó bastante para definir candidaturas en 2011. La coalición electoral del FpV incluyó al PJ y el sindicalismo, pero se desplazó nuevamente por fuera del partido confiando en la militancia urbana juvenil (La Cámpora) y los movimientos sociales, que se reivindicaban peronistas pero ajenos al PJ. A través de este armado paralelo a la estructura partidaria y con un renovado talante de centroizquierda, el FpV coordinó los apoyos de agrupaciones, movimientos sociales y pequeños partidos que constituían su propia base movilizadora y que cristalizaría, un año después, en la fundación de “Unidos y Organizados”. Cristina Kirchner fue reelecta con 54 por ciento de los votos y su liderazgo adquirió una fortaleza inusitada ante los distintos sectores de la coalición de gobierno. Afirmada sobre esta corriente de militancia juvenil-estatal-territorial proyectó su tercer gobierno, que constituía un pilar tan importante para su sustentabilidad política como las estructuras tradicionales del peronismo. Con esa impronta, a fines de abril de 2012 Cristina Kirchner presentó “Unidos y Organizados”, en un acto en el estadio de fútbol del Club Atlético Vélez Sarsfield para conmemorar por anticipado nada menos que el día internacional de los trabajadores y sin la participación de la CGT (Lantos y Bruschtein, 2012).

Para entonces, la ambición política de Moyano había sido frustrada. Al haber caracterizado al PJ como una “cáscara vacía” (*Perfil*, 2012), renunció a sus cargos partidarios, abandonó la coalición kirchnerista, dividió a la CGT y creó su propio partido para movilizar el apoyo sindical en contra del FpV y fortalecer otros armados peronistas. La resindicalización había fracasado.

LA RESINDICALIZACIÓN FALLIDA DEL PERONISMO

En la Argentina, el giro a la izquierda conducido por el FpV halló en el tradicional sindicalismo peronista uno de sus pilares fundamentales. En paralelo a su fortaleci-

miento organizativo y a su influencia determinante como garante de gobernabilidad económica, recobró protagonismo político. Estimulado por el aumento de la participación sindical en la competencia electoral y la recuperación de espacio en la conducción del PJ reorganizado, el grupo de la CGT liderado por Moyano apostó a la resindicalización partidaria, entre 2008 y 2012. Pero fracasó. Las razones de su fracaso están en su debilidad estructural. En este desarrollo incidieron, al menos, dos factores de corto plazo condicionados por otros dos de largo plazo, y es lo que argumenta esta sección.

FACTORES DE LARGO PLAZO: TERRITORIALIZACIÓN DE LA POLÍTICA Y FRAGMENTACIÓN SOCIAL

Territorialización de la política

Con el cambio de siglo, cobró importancia la desnacionalización (*territorialización o provincialización*) de la política y el debilitamiento de los partidos nacionales. En la Argentina, este cambio fue canalizado por las políticas de descentralización administrativa del gobierno de Menem en la década de 1990. La delegación a provincias y municipios de las funciones sociales (educación, salud) aumentó la importancia de las políticas públicas locales, fortaleció a los actores políticos locales e incrementó los recursos a su disposición (Calvo y Escolar, 2005: 48). Considerando que el mercado electoral provincial es menos competitivo que el nacional, gobernadores e intendentes tuvieron más incentivos para distanciarse de las marcas partidarias nacionales y constituir sus propias máquinas electorales. En este contexto, las elecciones presidenciales y legislativas pasaron a depender de coaliciones políticas formadas en las provincias, y se debilitó la influencia de los actores y contenidos sectoriales en la definición programática de los partidos mayoritarios (Calvo y Escolar, 2005).

En el PJ, los sindicatos dominaban la escena partidaria pero fueron progresivamente desplazados tras la derrota en las elecciones presidenciales de 1983, cuando la UCR venció por primera vez en la historia al PJ en elecciones competitivas. La reestructuración partidaria fue liderada por la llamada Renovación Peronista, un grupo de políticos profesionales que desalojó a los sindicalistas de la conducción, entre 1985 y 1989, para habilitar el ingreso de políticos provinciales y locales que poseían sus propias máquinas electorales (Levitsky, 2005). El poder territorial de gobernadores e intendentes se consolidó con las reformas neoliberales mientras que el poder corporativo y político de los sindicatos disminuyó, con el consecuente debilitamiento de su base electoral.

Desde la década de 1990, el poder territorial del PJ se concentra en la provincia de Buenos Aires. Es el distrito más poblado, populoso, y constituye el núcleo del mundo del trabajo del país. Ese núcleo, industrial y sindicalizado entre las décadas de 1940 y 1980, constituyó la base electoral del partido y se distribuía particularmente en el conurbado bonaerense, donde estaban implantadas las industrias y los

sindicatos controlaban el territorio. Esta región muestra como ninguna otra los efectos de la debilidad estructural de los sindicatos tras la desindustrialización porque perdieron afiliados y base electoral, administrada desde entonces por los intendentes. Cuando el grupo de Moyano reimpulsó el armado territorial del sindicalismo mediante la CNSP y la JS, buscó hacer pie en el conurbado y los intendentes fueron sus principales adversarios. Con la CNSP, Moyano buscó restituir el lugar político del sindicalismo de otro tiempo; su declaración fundadora recortaba el universo de movilización a los sindicatos peronistas, planteando como objetivo reorganizar el movimiento nacional y popular fundado por el movimiento peronista (CNSP, 2009). La JS procuró replicarlo con las nuevas generaciones de trabajadores de los sindicatos de la CGT y avanzó en tres frentes: organizarlos políticamente; coordinar acciones con organizaciones de militancia juvenil y territorial para aterrizar en los barrios populares, e instalar a sus propios candidatos, con el joven dirigente Facundo Moyano como principal aspirante (Natalucci, 2013: 8).

Moyano proyectó en estas organizaciones una capacidad de convocatoria política del sindicalismo similar a la que administraban eficazmente para sus conquistas sectoriales, pero que ya no poseían. La territorialización de la política y el ensanchamiento de la base electoral de los intendentes fueron en detrimento de la base sindical. Aunque Moyano contaba con recursos organizativos y económicos para encarar este desafío, carecía del poder territorial-electoral para vencer a los intendentes. Este grupo de sindicatos mostró tener peso para debilitar a la coalición del FpV en 2012, pero la división entre un peronismo kirchnerista y otro no kirchnerista en 2013 no estuvo liderada por los sindicatos sino por los intendentes del conurbado, que eran los políticos populares con capacidad para disputarle poder al FpV, como ocurrió con el vertiginoso éxito del FR liderado por Sergio Massa.

Fragmentación social

Durante la década de 1990, bajo los gobiernos de Menem, la Argentina experimentó un acelerado proceso de cambio estructural, que marcó el fin del modelo de posguerra de una economía cerrada, basada en la implantación de la industria textil, alimentaria, metalmecánica, automotriz, siderúrgica y petroquímica. El ocaso del modelo ISI, que en Argentina se había consolidado en paralelo al surgimiento del peronismo, debilitó estructuralmente la inserción estatal de los sindicatos porque perdieron influencia económica y capacidad de articulación social. Sobrevino la desindustrialización y la erosión del mercado de trabajo forjado en aquel tiempo, cuya tasa de desocupación no superaba 4 por ciento de la población económicamente activa. Entre 1992 y 2000, la participación de la industria en el empleo asalariado se redujo de 31 a 19 por ciento y el empleo no registrado pasó de 22-25 por ciento en 1992-1996 a 49.7 por ciento en 2002-2003 (Perelman y Marshall, 2004). Las políticas de flexibilización incrementaron la informalidad laboral y se expandió la brecha

entre asalariados y subocupados, precarizados o desocupados, es decir, entre quienes preservaron sus garantías laborales y sociales (servicio de salud, aportes previsionales, indemnización por despido) y quienes fueron desvinculados de las instituciones del trabajo. Con este cambio estructural, la clase trabajadora quedó fragmentada entre un segmento de trabajadores formales (casi 40 por ciento) y otro de informales (alrededor de 33 por ciento en 2015, tras haber alcanzado casi 40 por ciento en 2003) (Ronconi, 2017: 121).

La recuperación económica y la orientación pro-sindical de los gobiernos kirchneristas atenuaron pero no modificaron esta fragmentación. Los beneficios del resurgimiento sindical para los trabajadores (empleo, mejores salarios y condiciones de trabajo, cobertura previsional y sanitaria) se recortaron sobre los formales. Aunque en un contexto favorable a la acción sindical los beneficios alcanzan a los más desprotegidos, persistieron las diferencias salariales, laborales y legales entre los informales, y aquella base social peronista de la etapa ISI quedó, también, dividida entre un segmento formal sindicalizado y uno informal no sindicalizado.

En un marco de fragmentación como el descrito, el volumen de afiliaciones sindicales puede servir como indicador de la penetración sindical y su capacidad organizativa en distintos sectores de la economía, en las distintas regiones de un país, en los lugares de trabajo, es decir, un indicador de la presencia sindical en el territorio de las clases trabajadoras y populares urbanas.

El cuadro 5 muestra la información disponible sobre la sindicalización de la década de 2000. Su incremento a partir de 2005 se mantuvo estable hasta 2014. Es decir, hubo una sostenida capacidad de organización sindical durante el periodo posneoliberal pero lejos estuvo de recuperar el volumen de la etapa ISI. A su vez, el cuadro 6 muestra esta recuperación según zona geográfica, consignando una tendencia al crecimiento de la afiliación sindical en el conurbado. La capacidad de organización en el histórico bastión del sindicalismo peronista de la etapa ISI pareciera haber recuperado su implantación en fábricas y empresas, considerando que es en esta región donde, a diferencia de lo que ocurrió en el resto del país, se concentra mayor cantidad de unidades de producción de distintos sectores con aumentos de las afiliaciones.

Pero este incremento de la afiliación sindical no les permitió a los sindicatos reconquistar el territorio dominado por los intendentes. Entre otras razones porque ese aumento no desequilibró la balanza a favor de los formales: en 2015, 45 por ciento de los trabajadores del conurbado eran informales, de los cuales dos terceras partes eran asalariados no registrados y el tercio restante eran cuentapropistas poco calificados (Ronconi, 2017: 116). En consecuencia, la proporción de esa fuerza de trabajo incorporada por los sindicatos siguió siendo restringida para constituir su plataforma de despegue electoral. Si a ello se suma que tanto los recientemente sindicalizados como los que no habían perdido esa condición en la década de 1990 se

CUADRO 5. Tasa de afiliación en Argentina (2005-2014)

Años	Tasa de afiliación (porcentaje)
1985	67.5
1990	65.6
1995	38.7
2000	31.7
2005	37.2
2006	39.7
2008	37.7
2014	38.5

Fuente: Para 1985-2000, Senén, Trajtemberg y Medwid (2010: 40). Para 2005-2014, Módulo de Relaciones Laborales (MRL), de la Encuesta de Indicadores Laborales (EIL) (MTEYSS, 2017). El MRL de la EIL fue aplicado en 2005, 2006, 2008 y 2014 en cinco aglomerados urbanos: Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, Gran Rosario y Gran Tucumán.

CUADRO 6. Tasa de afiliación sindical por aglomerado (2005-2014) (porcentaje)

Aglomerado	2005	2006	2008	2014
GBA	34.9	37.0	35.8	38.6
Interior	46.2	50.9	44.5	38.0
Total aglomerados	37.2	39.7	37.7	38.5

Fuente: Módulo de Relaciones Laborales/EIL. MTEYSS, marzo de 2017. GBA incluye la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y los 24 municipios del conurbado bonaerense. Interior incluye Gran Córdoba, Gran Mendoza, Gran Rosario y Gran Tucumán.

adherían políticamente a otros líderes distintos de sus jefes sindicales, puede constatar que los sindicalistas no pudieron recuperar, pese a todo su trabajo gremial, esa doble representación de los intereses obreros, en el mundo del trabajo y en el sistema político, que los había vuelto singulares en el contexto latinoamericano de la posguerra (Torre, 1973). El desplazamiento sindical del sistema político en la década de 1990 tuvo como consecuencia que mientras los sindicalistas buscaban proteger el poder corporativo de sus organizaciones, la movilización política de sus bases sectoriales pasó a organizarse en otro lado. Y esto es lo que ocurrió en el corto plazo.

FACTORES DE CORTO PLAZO: DIVISIÓN PARTIDARIA Y DISPERSIÓN ORGANIZATIVA

División partidaria

La reorganización del PJ en 2008 fue muy importante para los sindicatos porque volvieron a su conducción luego de casi veinte años y lograron que el jefe de la CGT

ocupara una de sus vicepresidencias, y otra en el PJ bonaerense. Asimismo, ungrir a Kirchner como presidente del partido habilitó a los sindicalistas a suponer la disolución del FpV en el PJ y fortalecer el partido en detrimento de las alianzas con distintos partidos que había requerido el FpV para gobernar desde 2003. Con estos recursos institucionales, el sindicalismo proyectó su reposicionamiento político frente a intendentes y gobernadores. Pero a la debilidad estructural impuesta por la territorialización se le sumaron los zigzagueos del FpV con el PJ y la imposibilidad del sindicalismo de fortalecerse dentro de la estructura partidaria para influir en las decisiones del partido relativas a la coalición gobernante.

Aunque fue la corriente peronista dominante en 2003-2015, el FpV no tuvo una vinculación estrecha con el PJ. El conflicto con el campo durante el mismo año de la reorganización generó divisiones peronistas en las principales provincias agropecuarias (Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe) y la derrota electoral en 2009 en esos distritos y en la Ciudad de Buenos Aires llevaron a Kirchner a cancelar su proyecto de control del PJ. Para las elecciones de 2011 el FpV se valió más que nunca de su sello. Su rutilante triunfo en primera vuelta dependió de los peronismos provinciales y los del conurbado, pero sin pasar por el filtro del funcionamiento partidario, donde los sindicatos habían hecho pie y creían por ello estar en condiciones de competir políticamente. En tales circunstancias, el sindicalismo siguió estando al margen de las decisiones y sus intentos por aportar base electoral propia mediante la CNSJ y la JS no condicionaron el dominio de la política territorial local. Tampoco pudo Moyano liderar al conjunto de la CGT en este proyecto, puesto que un sector de sus sindicatos se mantuvo —como siempre— distante de la participación partidaria.

Este derrotero muestra la inviabilidad del proyecto de una resindicalización partidaria porque el sindicalismo formaba parte de una coalición que no lideraba y quienes la lideraban —primero Néstor, después Cristina Kirchner— advirtieron rápidamente que intentar el control del PJ para garantizarse gobernabilidad era más costoso que evitarlo. Solo en el PJ podía este sindicalismo mostrar sus credenciales identitarias como prueba de su pertenencia y larga trayectoria. Pero en el FpV disputaba con otras organizaciones que integraban su coalición y que difícilmente pudieran incorporarse al PJ.

Dispersión organizativa

Con las reformas neoliberales de la década de 1990, el sindicalismo se dividió y sus organizaciones siguieron distintas estrategias para sobrellevar el ajuste estructural. La crisis económica-financiera de 2001-2002 profundizó la fragmentación social y el conflicto social en la Argentina pasó a estar liderado por las organizaciones piqueteras. Sindicatos y movimientos sociales fueron pilares de la base social movilizadora por el FpV en 2003-2015. Esta dispersión organizativa tuvo su correlato electoral, como hemos visto, desde 2013, luego de la ruptura con Moyano y la fractura de la

CGT. Hasta entonces, los sindicatos no habían tenido competencia electoral dentro de la coalición del FpV para representar a sus bases sociales y, sin duda, esto indicó la debilidad del sindicalismo peronista para abarcar con su representación sectorial los apoyos populares de la coalición kirchnerista. Pero más amenazante aún para los sindicatos fue la competencia de amplios sectores juveniles urbanos, organizados desde el segundo gobierno del FpV bajo el liderazgo de La Cámpora.¹⁰ Esta militancia había crecido en universidades, organismos de derechos humanos y en el territorio (Ciudad de Buenos Aires y distintos municipios del conurbado). Kirchner incentivó su organización en 2008 (al margen del PJ, los sindicatos y movimientos sociales) para convertirla en una fuerza exclusivamente peronista-kirchnerista. La Cámpora expresó claramente la *reperonización* de la militancia kirchnerista, ajena al PJ y crítica de su trayectoria (Rocca Rivarola, 2015: 159). Desde 2011, La Cámpora se volvió indispensable en la coalición gobernante, acaparando presencia electoral y cargos institucionales en el Estado.¹¹ Asimismo, mostró su influencia en movilizaciones y actos oficiales, y en su actividad militante en distintos barrios de Buenos Aires y del conurbado.

Al promocionar una organización no asociada ni al mundo del trabajo ni al PJ, el FpV explicitó la disputa que había en su interior por el liderazgo organizativo de la coalición popular kirchnerista y, sobre todo, la escasa convicción de Cristina Kirchner por contribuir al dominio del viejo sindicalismo peronista dentro de su coalición. De ahí que la expectativa sindical por la resindicalización partidaria se cancelara tras el triunfo de las presidenciales de 2011. A la debilidad estructural ya señalada, la presencia sindical hasta 2015 se restringió, además, por el despliegue de La Cámpora, que el gobierno alentó con tanto entusiasmo como lo había hecho antes con los sindicatos peronistas.

CONCLUSIÓN

Este trabajo muestra que parecen no haber concluido las transformaciones de los partidos de base sindical iniciadas hace cuarenta años. Restringiéndonos al PJ, parece difícil pensar en un peronismo resindicalizado, o sea, uno cuya maquinaria político-

¹⁰ El nombre de esta agrupación remite a Héctor J. Cámpora, dirigente peronista que fue presidente de la nación entre el 25 de mayo y el 13 de julio de 1973. Con Perón exiliado desde 1955 y proscrito por el régimen militar saliente para competir en las elecciones generales de 1973, Perón designó como su candidato a Cámpora, que triunfó con 49 por ciento de los votos. Este triunfo significó el fin de la proscripción política del peronismo, impuesta en 1955 tras el golpe militar que derrocó a Perón. Cámpora renunció en julio para habilitar la llegada de Perón al poder, se convocó a elecciones y Perón triunfó con 62 por ciento de los votos.


¹¹ El aumento de su participación electoral en 2011 coincidió con el triunfo del FpV para ejercer su tercer mandato, colocando a sus dirigentes en puestos expectantes de las listas de los principales distritos (Ciudad y provincia de Buenos Aires). Para 2013, contaban con 37 funcionarios en el Poder Ejecutivo nacional, entre directores de organismos y empresas estatales, subsecretarios y secretarios, y un viceministro (Rocca Rivarola, 2015: 157-159).

electoral controlen los sindicatos, dada su debilidad estructural actual. Pero, también, durante el giro a la izquierda, el sindicalismo argentino recuperó participación electoral y visibilidad partidaria, que influyeron en las derrotas electorales del FpV tras la fractura de la alianza con el gobierno en 2012. Entonces, la revitalización sindical no fue suficiente para recomponer su posición dominante de la década de 1980 en el PJ, pero tampoco parece haber sido concluyente el ostracismo que atravesó en la de 1990. Aunque moderada, esta participación señala un posicionamiento distinto.

Podría insistirse en que esa recuperación política ha respondido al mejoramiento económico de la década de 2000 bajo gobiernos peronistas, pero que volvería a debilitarse cuando se modificaran esas condiciones. Sin embargo, durante el gobierno de centroderecha de Cambiemos (2015-2019), el sindicalismo lideró la movilización popular, acompañado de los movimientos sociales, en contra de la política económica que disparó la inflación e incrementó la desocupación y la pobreza. También, estuvo activo en las definiciones partidarias del peronismo; para las elecciones generales de 2019, los sindicalistas tuvieron espacio en las listas e integraron la mesa de acción política del partido (con Hugo Moyano nuevamente entre ellos), creada a fines de 2018 para coordinar decisiones entre sus varios sectores frente a los comicios del año siguiente.

En el epílogo de su libro sobre las transformaciones del PJ, Levitsky (2005) planteaba que el peronismo probablemente continuara siendo el “partido de los pobres” de la Argentina, pero que quizá su condición de partido de base sindical y de fuerza niveladora en la sociedad fuese cosa del pasado. Sin embargo, la experiencia peronista del FpV fue exitosa como fuerza niveladora social. Los gobiernos kirchneristas fueron pro-sindicales y se apoyaron más en los sindicatos que en los movimientos sociales para implementar políticas de redistribución y consumo popular. Estas administraciones alentaron el fortalecimiento de los sindicatos como expresión institucionalizada del mundo del trabajo, que reproducen esquemas arraigados de integración colectiva y actualizan los legados del proceso de incorporación política más trascendente de la Argentina contemporánea. Estos legados conviven actualmente junto a nuevos actores de un universo laboral fragmentado y heterogéneo. Pero, precisamente porque los sindicatos conservan aquella inscripción de previsibilidad social, inclusión política y bienestar popular es que estos gobiernos peronistas los promovieron como artífices de su movilización política. Esto no contradice su debilidad estructural ni el impacto duradero que tiene sobre este actor. Además, no fueron los únicos participantes dentro del FpV, en particular cuando surgió el proyecto de resindicalización y la respuesta oficial fue movilizar a los movimientos sociales y, sobre todo, a la juventud de La Cámpora, que expresaron toda una novedad en la reperonizaci n de la militancia política argentina.

Este trabajo mostró cómo se regeneraron lazos entre sindicalismo y peronismo a instancias de un gobierno pro-sindical. No hubo una resindicalización partidaria

pero la evidencia aportada deja pendiente un análisis exhaustivo sobre los desafíos político-institucionales de gobiernos populares en tiempos (no acabados) de transformaciones estructurales y del mundo del trabajo de este siglo. En principio, habría que partir de la hipótesis de que el viraje de los partidos de base sindical hacia otras bases por la descomposición del mundo industrial fordista sigue requiriendo su inserción organizativa para sostener la maquinaria partidaria y electoral. Contener dentro de la coalición popular el territorio y el sindicato parece ser un híbrido en el que están empantanados los partidos de base laboral en tiempos posfordistas. 

REFERENCIAS

- Anigstein, Cecilia (2019), “La irrupción del sindicalismo neodesarrollista: La CGT y los gobiernos kirchneristas (2002-2012)”, *Estudios del Trabajo*, 57, pp. 1-26.
- Balinotti, Nicolás (2011), “La CGT logró apenas dos lugares y casi no asiste al acto en Olivos”, *La Nación*, 26 de junio, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/la-cgt-logro- apenas-dos-lugares-y-casi-no-asiste-al-acto-en-olivos-nid1384623/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Boyanovsky Bazán, Christian (2010), *El aluvión. Del piquete al Gobierno: Los movimientos sociales y el kirchnerismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Calvo, Ernesto (2013), “El peronismo y la sucesión permanente: Mismos votos, distintas élites”, *Revista SAAP*, 7(2), pp. 433-440.
- Calvo, Ernesto y Marcelo Escolar (2005), *La nueva política de partidos en la Argentina: Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo.
- Casa Rosada (2010), “Día de la Lealtad. Estadio River Plate. Palabras de la presidenta Cristina Fernández”, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qoTnUIsB6-c&t=43s> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- CNSP (Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista) (2009), Declaración de Mar del Plata, 18 de septiembre, disponible en: <http://www.lacorrienteavanza.com.ar/web/index.php/noticias/11373-corriente-nacional-del-sindicalismo-peronista> [fecha de consulta: 30 de agosto de 2019].
- Collier, Ruth B. (2018), “Labor Unions in Latin America: Incorporation and Reincorporation under the New Left”, en Eduardo Silva y Federico Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 115-128.
- Collier, Ruth B. y David Collier (1991), *Shaping the Political Arena*, Princeton, Princeton University Press.
- Collier, Ruth B. y Samuel Handlin (2009), “Situating the Analysis: Analytic Approach, Cases, and Historical Context”, en Ruth B. Collier y Samuel Handlin (eds.), *Reorganizing Popular Politics*, University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 32-60.
- Do Alto, Hervé (2011), “Un partido campesino en el poder: Una mirada sociológica del MAS boliviano”, *Nueva Sociedad*, 234, pp. 95-111.
- Ellner, Steve, “Conflicting Currents within the Pro-Chávez Labor Movement and the Dynamics of Decision Making”, en Eduardo Silva y M. Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 157-178.
- Etchemendy, Sebastián (2019) “The Politics of Popular Coalitions: Unions and Territorial

- Social Movements in Post-Neoliberal Latin America (2000-15)”, *Journal of Latin American Studies*, 52(1), pp. 157-188.
- Etchemendy, Sebastián y Ruth B. Collier (2008), “Golpeados pero de pie: Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)”, *Postdata*, 13, pp. 145-192.
- Etchemendy, Sebastián y Candelaria Garay (2011), “Argentina: Left Populism in Comparative Perspective, 2003-2009”, en Steven Levitsky y Kenneth Roberts (eds.), *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 283-305.
- Gutiérrez, Ricardo (2001) “La desindustrialización del peronismo”, *Política y Gestión*, 2, pp. 93-112.
- La Nación* (2008a), “Balestrini, jefe del PJ bonaerense”, 1 de diciembre, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/balestrini-jefe-del-pj-bonaerense-nid1076119/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- La Nación* (2008b) “La cancha de Almagro, sede de la liturgia peronista”, 14 de mayo, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/la-cancha-de-almagro-sede-de-la-liturgia-peronista-nid1012432/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Lantos, Nicolás y Julián Bruschtein (2012), “Ustedes tienen que seguir escribiendo la historia”, *Página 12*, 28 de abril, disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-192899-2012-04-28.html> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Laugé, Luis (2007), “Malestar con Moyano por el poco espacio gremial en las listas”, *La Nación*, 11 de septiembre, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/malestar-con-moyano-por-el-poco-espacio-gremial-en-las-listas-nid942919/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Levitsky, Steven (2005), *La transformación del justicialismo: Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana.
- Levitsky, Steven y Kenneth M. Roberts (eds.) (2011), *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Longa, Francisco (2019), *Historia del Movimiento Evita*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MTEYSS (Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social) (2017), *Encuesta de Indicadores Laborales (EIL)*, informe mensual, marzo, Buenos Aires, MTEYSS.
- Murillo, María Victoria (1997), “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas del mercado en la primera presidencia de Menem”, *Desarrollo Económico*, 37(147), pp. 419-46.
- Natalucci, Ana (2013), “Revitalización sindical y sindicalismo peronista: Encrucijadas entre el corporativismo y la política (Argentina, 2003-2012)”, *Les Cahiers ALHIM*, 26, pp. 1-10.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (1998), *Los caminos de la centroizquierda: Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Losada.
- Obarrio, Mariano (2008), “Kirchner impuso el nuevo orden del PJ”, 19 de abril, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/kirchner-impuso-el-nuevo-orden-del-pj-nid1005752/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Obarrio, Mariano (2010), “Moyano, cada vez con más poder”, *La Nación*, 16 de agosto, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/politica/moyano-cada-vez-con-mas-poder-nid1295045/> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Ostiguy, Pierre y Aaron Schneider (2018), “Party Systems, Political Leaders, and the State in Argentina and Brazil”, en Eduardo Silva y Federico Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 275-308.

- Página 12* (2008), “Sin oposición, Kirchner conducirá el PJ”, 21 de abril, disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-102824-2008-04-21.html> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Perelman, Laura y Adriana Marshall (2004), “Cambios en los patrones de negociación colectiva en la Argentina y sus factores explicativos”, *Estudios Sociológicos*, 12(2), pp. 409-434.
- Perfil* (2012), “Moyano formalizó su salida del PJ”, 9 de febrero, disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/politica/moyano-formalizo-su-salida-del-pj-20120209-0004.phtml> [fecha de consulta: 17 de febrero de 2021].
- Ribeiro, Pedro Floriano (2014), “An Amphibian Party? Organisational Change and Adaptation in the Brazilian Workers’ Party, 1980-2012”, *Journal of Latin American Studies*, 46(1), pp. 87-119.
- Roberts, Kenneth M. (2018), “Political Parties in Latin America’s Second Wave of Incorporation”, en Eduardo Silva y Federico Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 211-221.
- Ronconi, Lucas (2017), “Informalidad laboral: ¿Qué se puede hacer?”, en Rodrigo Zarazaga y Lucas Ronconi (comps.), *Conurbano infinito*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 113-143.
- Rocca Rivarola, María Dolores (2015), “‘De Néstor y Cristina. De Perón y Evita’: Reflexiones sobre lo acontecido con la militancia kirchnerista y la identidad peronista desde 2003 hasta hoy”, *Revista SAAP*, 9(1), pp. 143-172.
- Senén González, Cecilia, David Trajtemberg y Bárbara Medwid (2010), “Tendencias actuales de la afiliación sindical en Argentina: Evidencias de una encuesta a empresas”, *Relations industrielles / Industrial Relations*, 65(1), pp. 30-51.
- Silva, Eduardo (2016), “Reorganizing Popular Sector Incorporation: Propositions from Bolivia, Ecuador, and Venezuela”, *Politics and Society*, 45(1), pp. 91-122.
- Silva, Eduardo (2018), “Conclusion: Reflections on the Second Wave of Popular Incorporation for a Post-neoliberal Era”, en Eduardo Silva y Federico M. Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 309-323.
- Torre, Juan Carlos (1973), “La tasa de sindicalización”, *Desarrollo Económico*, 12(48), pp. 903-913.
- Torre, Juan Carlos (2004), *El gigante invertebrado: Los sindicatos en el gobierno (1973-76)*, Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana.
- Trujillo, Jorge León y Susan Spronk (2018), “Socialism without Workers? Trade Unions and the New Left in Bolivia and Ecuador”, en Eduardo Silva y Federico M. Rossi (eds.), *Reshaping the Political Arena in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 129-156.
- Weyland, Kurt, Raúl L. Madrid y Wendy Hunter (eds.) (2010), *Leftist Governments in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Zelaznik, Javier (2011), “Las coaliciones kirchneristas”, en Andrés Malamud y Miguel de Lucca (coords.), *La política en tiempos de los Kirchner*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 95-104.